

HUGH THOMAS

LA CONQUISTA DE MÉXICO

Traducción de Víctor Alba y C. Boune

CRÍTICA

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta - España

Título original: *The conquest of Mexico: Montezuma, Cortes, and the Fall of Old Mexico*

© 1993, Hugh Thomas

© 1994, Traducción: Víctor Alba y C. Boune

© 2019, Prólogo: Enrique Krauze

© 2020, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2021, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial CRÍTICA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Primera edición: mayo de 1994

Primera edición impresa en España en esta presentación: octubre de 2020

ISBN: 978-84-08-22793-9

Primera edición en formato epub en México: junio de 2021

ISBN: 978-607-569-023-0

Primera edición impresa en México: junio de 2021

ISBN: 978-607-569-022-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

Índice

Prólogo a esta edición, por Enrique Krauze	I
Prefacio	11
Notas generales	21
Nota sobre la traducción	23
I. EL MÉXICO ANTIGUO	25
1. Concierto y orden	27
2. De blancas espadañas es México mansión.	41
3. Estoy doliento, mi corazón desolado	54
4. No por amor sino por temor	67
II. LA ESPAÑA DEL SIGLO DE ORO	81
5. Empiezan los años dorados	83
6. El Papa deviera estar borracho	99
7. Otras tierras en el mundo no se habían descubierto mejores	115
8. Lo que se vio es tan gran cosa	128
9. Un gran señor, como si naciera en brocados	148
10. Sudores, hambres y duros trabajos	164
III. SABER LOS SECRETOS DE LA TIERRA	177
11. Un gentil corsario	179
12. La ventaja de los cavallos y tiros de artillería	193
13. Donde se dice haber llevado Salomón el oro para el templo	211
14. Una cabeza como de dragón de oro a cambio de una copa de vidrio de Florencia	224
15. Recibiéronle con trompetas	242
16. ¿Si la iria yo á ganare?	264
17. No habían de dejar ninguno de nosotros a vida	279
18. Esa crueldad restableció el orden .	289
19. Otro nuevo mundo de grandes poblaciones y torres	304

IV.	CORTÉS Y MOCTEZUMA	327
	20. La imagen de Quetzalcóatl	329
	21. Las abejas y las arañas hacen obras de arte	345
	22. A algo nos hemos de poner por Dios	359
V.	LOS PLANES DE CORTÉS ARRUINADOS	377
	23. El Rey, nuestro señor, más Rey que otro	379
	24. Voz muy vagorosa e entonada, como que salía de bóveda	401
	25. De cortar las orejas al dicho don Hernando	412
	26. La sangre de los guerreros cual si fuera agua corría	427
	27. Cual canto vinisteis a la vida, Moctezuma	439
	28. La fortuna vuelve de presto su rueda	454
VI.	LA RECUPERACIÓN ESPAÑOLA	461
	29. Sólo quiere mi corazón la muerte de obsidiana	463
	30. Fue conveniente hazerse el dicho castigo	482
	31. Mi principal motivo e intención para librar esta guerra	501
	32. Todos eran señores	513
VII.	LA BATALLA DE TENOCHTITLAN	535
	33. Acordaos del valeroso corazón y ánimo	537
	34. Una gran cosecha de cautivos	560
	35. Los perros tan rabiosos	569
VIII.	Y DESPUÉS...	585
	36. Nos dejaron huérfanos	587
	37. Los cantos y voces apenas cesaban	604
	38. La cláusula del testamento de Adán que excluye a Francia	619
	39. Un rey absoluto	626
	Epílogo	645
	Glosario	673
	APÉNDICES	665
	I. La población del antiguo México	667
	II. Resumen del tributo de Moctezuma	673
	III. Calendarios mexicanos	676
	IV. La moneda española c. 1520	679
	V. Las damas de Cortés	680

GENEALOGÍAS	681
I. Los emperadores de México	682
II. Las familias real española e imperial.	684
III. La entrada de Cortés en la nobleza	685
IV. Cortés y sus parientes	686
V. La transformación de la familia real mexicana	688
DOCUMENTOS INÉDITOS	691
1. Martín Cortés, padre de Hernán, en Medellín	691
2. El abuelo de Cortés, Diego Alfon Altamirano	693
3. Viaje de Cortés a América en 1506.	694
4. Carta de Cortés desde México, 6 de julio de 1519	694
5. La concesión de poder de Moctezuma, 1529	699
6. Nuevos testimonios sobre la muerte de Catalina	701
7. Arte y lealtad de Cortés	703
8. Los castigos de Diego Velázquez	704
9. Testimonio sobre Ponce de León.	705
<i>Ilustraciones</i>	711
<i>Notas</i>	713
<i>Fuentes</i>	857
<i>Índice onomástico, geográfico y bibliográfico</i>	881

1. CONCIERTO Y ORDEN

*Que en su servicio y trato de la gente de ella [de México],
hay la manera casi de vivir que en España y con tanto
concierto y orden como allá*

HERNÁN CORTÉS a Carlos V, 1521

El hermoso emplazamiento de la capital mexicana, Tenochtitlan, era inmejorable. La ciudad se hallaba a más de dos mil doscientos metros de altitud, en una isla cerca de la orilla de un gran lago, a más de trescientos kilómetros del mar hacia el oeste y a casi doscientos hacia el este. El lago estaba situado en el centro de un amplio valle rodeado de magníficas montañas, dos de ellas, volcanes. Ambos se hallaban siempre cubiertos de nieve: «¡Oh, México, que tales montes te cercan y te coronan!», diría, exultante, un fraile español unos años más tarde.¹ El sol brillaba casi todos los días, el aire era transparente, el cielo tan azul como el agua del lago; los colores eran vivos y las noches, frías.

Al igual que Venecia, ciudad con la que se la compararía frecuentemente, la edificación de Tenochtitlan requirió varias generaciones.² Sus habitantes habían extendido la diminuta isla natural formando un terraplén artificial de unas mil hectáreas, llenando de fango y rocas huecos cercados con estacas. En Tenochtitlan había unos treinta elegantes y altos palacios construidos con una piedra volcánica rojiza y porosa.³ Las casas más pequeñas, de una sola planta, en las que vivían los aproximadamente doscientos cincuenta mil habitantes, eran de adobe y pintadas generalmente de blanco.⁴ Puesto que se encontraban sobre plataformas, muchas de ellas estaban protegidas contra las inundaciones. El lago rebosaba de canoas de distintos tamaños que transportaban tributos y bienes comerciales. Sus orillas estaban salpicadas de pequeñas ciudades bien planeadas que debían lealtad a la gran ciudad del lago.

El centro de Tenochtitlan era un recinto sagrado, amurallado, compuesto de numerosos edificios religiosos, entre ellos varias pirámides con templos en la cima.⁵ Las calles y los canales partían del recinto hacia los cuatro puntos cardinales. Cerca se encontraba el palacio del emperador. La ciudad contaba con muchas pirámides de menor tamaño, cada una de las cuales constituía la base de los templos dedicados a los distintos dioses; las pirámides mismas, edificios religiosos característicos de la región, eran un tributo humano al esplendor de los volcanes circundantes.

Gracias a su situación, Tenochtitlan parecía inexpugnable. Nunca la habían atacado. Para estar fuera del alcance de cualquier

enemigo posible, los mexicas no tenían más que levantar los puentes sobre las tres vías que conectaban su capital con el continente. Según un poema:

*¿Quién podrá sitiar Tenochtitlan?
¿Quién podría conmover los cimientos del cielo...?*⁶

Durante noventa años, la seguridad de Tenochtitlan se sostuvo gracias a la alianza con otras dos ciudades, Tacuba y Texcoco, al oeste y al este del lago, respectivamente. Ambas eran satélites de Tenochtitlan. Texcoco, la capital de la cultura, era formidable por derecho propio: allí se hablaba una elegante versión del idioma del valle, el náhuatl. Tacuba era diminuta: contaría con unas ciento veinte casas.⁷ Ambas obedecían al emperador de los mexicas en cuanto a los asuntos militares. Por lo demás, eran independientes. Ambas casas reales —no hay razón para no llamarlas así— tenían lazos de sangre con la de Tenochtitlan.⁸

Estos aliados ayudaban a garantizar una economía mutuamente ventajosa de unas cincuenta pequeñas ciudades-estado lacustres; muchas de ellas se divisaban fácilmente entre sí, pero ninguna era autosuficiente. De las faldas de las montañas conseguían leña y madera para muebles tallados, herramientas agrícolas, canoas, armas e ídolos; de una zona al nordeste se obtenían sílex y obsidiana para diversas herramientas; había barro para cacharros y figurillas (la alfarería era un arte floreciente: se fabricaban al menos nueve artículos distintos); a orillas del lago se conseguían sal y juncos para las cestas.

Los emperadores de México no dominaban únicamente el Valle de México.⁹ Más allá de los volcanes y durante las tres generaciones anteriores, habían establecido su autoridad al este hasta el golfo de México. Su dominio se extendía al sur, en la costa del Pacífico, hasta Xoconochco, la mejor fuente de las plumas verdes tan preciadas del quetzal. Habían llevado sus ejércitos hacia el este para conquistar las distantes selvas a un mes de caminata. Así pues, Tenochtitlan controlaba tres zonas distintas: el trópico, cerca de los océanos; una zona templada; y la región montañosa más allá de los volcanes. De ahí, la variedad de productos que podían comprarse en la capital imperial.

El corazón del imperio, el Valle de México, medía unos ciento veinte kilómetros de norte a sur y unos sesenta y cuatro de este a oeste: o sea, unas mil doscientas doce hectáreas; pero el imperio mismo cubría unas cincuenta mil quinientas hectáreas.¹⁰

Tenochtitlan debería haber tenido confianza en sí misma: no había ciudad más grande, más poderosa ni más rica en el mundo conocido por los pueblos del valle. En ella convergían miles de inmigrantes, algunos de los cuales habían llegado debido a la demanda de mano de obra de su oficio: lapidarios de Xochimilco, por

ejemplo. Una sola familia había dominado la ciudad durante más de un siglo. Un «mosaico» de casi cuatrocientas ciudades, cada una con su propio monarca, enviaba regularmente (hablando sólo de los artículos más importantes) maíz (el sostén local de la vida) y alubias (frijoles), capas de algodón y otra ropa, así como diversos tipos de trajes de guerra (de treinta y ocho provincias, todas, menos ocho), enviaban túnicas de guerra, a menudo adornadas con plumas).¹¹ Los tributos incluían materias primas y productos semiacabados (oro martillado pero sin adornos), así como productos manufacturados (incluyendo las clavijas de labio de ámbar y cristal, así como collares de cuentas de jade o de turquesa).

El poder de los mexicas en 1518, o 13-conejo según su calendario, parecía descansar sobre cimientos sólidos. El intercambio de bienes funcionaba bien. Como moneda de cambio usaban granos de cacao y capas, a veces canoas, hachas de cobre y plumas adornadas con oro en polvo (una capa pequeña podía valer entre sesenta y cinco y cien granos de cacao).¹² Mas los servicios prestados se pagaban generalmente en especie.

Había mercados en todos los distritos; uno de éstos, el de la ciudad de Tlatelolco, ya entonces un extenso suburbio de Tenochtitlan, era el más grande de las Américas, un emporio para toda la región. Hasta los productos de la lejana Guatemala se intercambiaban allí. Entretanto, casi todo el mundo del México antiguo se dedicaba al comercio en pequeña escala: la venta de su producto constituía la principal actividad familiar.

El imperio mexicano tenía la ventaja de contar con una lengua franca, el náhuatl. En palabras de alguien que la hablaba, «una lengua suave y maleable, majestuosa y de gran calidad, extensa y fácil de aprender».¹³ Se prestaba a metáforas expresivas y repeticiones elocuentes. Inspiraba oratoria y poesía, que se recitaba tanto como pasatiempo como para alabar a los dioses.¹⁴ Una manifestación igualmente interesante de su cultura era la tradición de aprender de memoria largos discursos, *huehuetlatolli*, «palabras de los ancianos», pronunciados en ocasiones públicas, que cubrían una gran cantidad de temas y que solían aconsejar la moderación.

El náhuatl era un idioma oral. Pero los mexicas, al igual que los otros pueblos del valle, escribían a base de pictografías e ideogramas. Los nombres propios —por ejemplo, Acamapichtli («puñado de juncos») o Miahuaxiochtli («flor de maíz turquesa»)— se representaban por su significado. Quizá los mexicas estuvieran dando pasos hacia una escritura silábica como la de los mayas. Mas ni siquiera con ello habrían podido expresar las sutilezas de su idioma. No obstante, el náhuatl era, según la descripción que hiciera el filólogo castellano Antonio de Nebrija en los años noventa del siglo xv, al referirse a su propio idioma, «una lengua imperial». La

traducción literal del término rey, *tlatoani*, era «portavoz»: el que habla o, tal vez, el que manda (el *huey tlatoani*, o emperador, era el «sumo portavoz»). Los escritores mexicanos podían expresar también una melancolía elegiaca que casi parece un eco de la poesía francesa de la misma época o de las coplas de Jorge Manrique:

*¿Sólo me iré semejante a las flores que fueron pereciendo?
¿Nada de mi gloria será alguna vez?
¿Nada mi fama será en la tierra?*¹⁵

El náhuatl, según el especialista moderno más importante de este idioma, se halla «entre las lenguas que jamás debieran morir».¹⁶

En unos libros hermosamente pintados (llamados generalmente códices) se consignaban las posesiones territoriales, como historia, a base de árboles genealógicos y mapas, costumbre que confirma la tendencia de los antiguos mexicanos a pleitear. La importancia de este aspecto de la vida la evidencian los cuatrocientos ochenta mil papiros (*amates*) enviados regularmente como tributo al almacén del monarca de Tenochtitlan.¹⁷

Los acuerdos tomados para la sucesión imperial garantizaban la buena marcha del imperio. Si bien la herencia normal pasaba habitualmente de padre a hijo, el cargo de emperador solía recaer en un familiar del emperador anterior, generalmente un hermano o un primo, que se había destacado por su conducta en una guerra reciente. Así pues, el emperador en 1518, Moctezuma II, era el octavo hijo de Axayácatl, emperador que murió en 1481.¹⁸ Moctezuma sustituía a un tío suyo, Ahuítzotl, muerto en 1502. Al elegir al nuevo monarca, unos treinta señores, además de los reyes de Texcoco y de Tacuba, hacían las veces de colegio electoral.¹⁹ Al parecer ninguna sucesión decidida de este modo se ponía en tela de juicio, aunque en algunas ocasiones hubo candidatos rivales.²⁰ (El buen observador puede detectar vestigios de este método en los imaginativos métodos modernos por los que se elige al presidente de México.)²¹ Se evitaban las controversias con el nombramiento de cuatro jefes o señores, que, en teoría, conservaban su cargo durante el reinado del emperador y uno de los cuales sería el heredero al trono.²² Sin duda las obligaciones concretas de estos funcionarios («matador de hombres», «guardián de la Casa de lo Negro») ya no tenían nada que ver con sus títulos, así como en Castilla el «mayordomo en jefe del Rey» ya no tenía mucho que ver con el abastecimiento del vino. El sistema de sucesión variaba en las ciudades cercanas: en la mayoría, el trono lo heredaba alguien de la familia del monarca, si bien en algunas, como en el caso de los tarascos, la monarquía no siempre recaía en el primogénito. En Texcoco, en cambio, la primogenitura era la regla.²³

Es cierto que la muerte de los últimos tres emperadores fue un tanto extraña: Ahuítzotl murió de un golpe en la cabeza al huir de una inundación; se rumoreaba que a Tizoc lo habían asesinado unas brujas; y Axayácatl murió tras una derrota en batalla. No obstante, nada prueba que de hecho no murieron por causas naturales.²⁴

El emperador mexicano representaba el imperio en el exterior y era responsable de su imagen. De los asuntos interiores se encargaba un primo del emperador, un emperador adjunto, el *cihuacóatl*, título que compartía con el de una gran diosa y cuya traducción literal, «mujer serpiente», lo vinculaba al aspecto femenino de la divinidad. El término no da una idea clara de sus múltiples obligaciones. Es probable que al principio este funcionario fuera el sacerdote de la diosa cuyo nombre llevaba.

La vida dentro de Tenochtitlan era estable. En la práctica, la administraba un engranaje, una red, algo entre un clan, un gremio y un distrito, conocido como *calpulli*, término sobre cuya definición precisa cada generación de estudiosos tiene una nueva teoría; en lo único que todos están de acuerdo es en que indicaba una unidad que se autogobernaba y cuyos miembros trabajaban tierras que no les pertenecían. Era probablemente una asociación de familias vinculadas entre sí. En varios de los *calpultin* (el plural del término), las familias desempeñaban el mismo oficio. Así pues, los que trabajaban las plumas vivían sobre todo en Amantlán, un distrito que podría haber sido anteriormente una aldea independiente.

Cada *calpulli* contaba con sus propios dioses, sacerdotes y tradiciones. Si bien no imposibles, eran poco comunes los matrimonios (que en el antiguo México se celebraban con tanta pompa como en Europa) con alguien que no perteneciera al *calpulli*. El *calpulli* era la agrupación que movilizaba a los mexicas para la guerra, para limpiar las calles y para asistir a los festivales. Los que cultivaban tierras otorgadas por el *calpulli* entregaban una parte de su cosecha (tal vez una tercera parte) al *calpulli* para que éste lo hiciera llegar a la administración imperial. A través del *calpulti*, el campesino se enteraba de lo que el emperador requería u ordenaba.²⁵ Existían quizá unos ochenta *calpultin* en Tenochtitlan. Parece que antaño, su líder, el *calpullec*, era elegido; pero ya en el siglo XV el cargo era hereditario y vitalicio. El *calpullec* contaba también con un consejo de ancianos, a los que consultaba, así como el emperador contaba con asesores nombrados de modo más formal.

El *calpulli* más poderoso era el de un suburbio llamado Cueopan, donde residían los llamados comerciantes de larga distancia, los *pochtecas*, cuya reputación entre los mexicas era mala. Eran «los avaros, los bien alimentados, los codiciosos, los tacaños... que codiciaban riquezas». Pero oficialmente se los alababa: «el señor de México quería mucho a estos mercaderes, teníalos como a hijos, como a personas nobles, y muy avisadas y esforçadas».²⁶ Como sabían que se los envidiaba, eran sigilosos. Servían de espías para

los mexicas: revelaban al emperador los puntos fuertes, los puntos débiles y la riqueza de los sitios que veían en sus viajes.²⁷

Estos comerciantes, que importaban las materias primas para Tenochtitlan, así como los bienes de lujo tanto de las zonas templadas como del trópico, se organizaron antes que se formara el imperio.²⁸ Gran parte de su trabajo consistía en intercambiar bienes manufacturados por materias primas: una capa bordada por jadeíta; una joya de oro por conchas de carey (que se empleaban como cucharas para el cacao). Estos grandes comerciantes vivían sin ostentación, vestían mal y el cabello les llegaba hasta la cintura. Sin embargo poseían muchos bienes. El emperador los llamaba incluso «tíos», cuyas hijas eran a veces concubinas del monarca.

Por importantes que fuesen los comerciantes, la supremacía de los mexicas en el valle y más allá de éste la habían ganado los soldados. Los guerreros eran numerosos y estaban bien organizados: se decía que los mexicas habían esperado a que su población creciera antes de retar, en 1428, a los tepanecos, a los que habían estado sometidos.²⁹ La preparación para la guerra que se daba a los niños de México, casi desde su nacimiento, habría agradado tanto a los espartanos como a los prusianos. En los bautismos (la partera tocaba el pecho y la cabeza del recién nacido con agua y luego lo metía en el agua, por lo que el término cristiano de la ceremonia es adecuado), la comadrona quitaba al niño (varón) de brazos de la madre y anunciaba que «Tu oficio y facultad es la guerra —decía la comadrona—, por ventura merecerás y serás digno de morir en este lugar y rescebir en él [en la casa del sol en el cielo] la muerte florida» (es decir: si tenía suerte, sería prisionero de guerra y lo sacrificarían). A continuación, enterraba el cordón umbilical «en el campo... donde se traban las batallas». (En todas partes había un lugar concreto para pelear, según Sahagún.)³⁰

Las armas de guerra también figuraban en el bautismo: el arco y la flecha, la honda, la lanza de madera con cabeza de piedra. Dichas armas, aunadas al garrote y al *macuauhuitl*, una espada de doble filo de obsidiana negra y mango de roble (que cortaba como «una navaja de Tolosa», decía un conquistador), eran las que habían dado sus victorias a los ejércitos.³¹ El signo (glifo) náhuatl que representaba al gobierno era un dibujo de un arco y una flecha, un escudo redondo (hecho de plumas apretadas sobre madera o caña) y un *átlatl* (un lanzadardos que se empleaba tanto contra peces como contra hombres). Las mejores capas y las joyas más preciadas se obtenían como premios al valor; no se compraban. Cualquier varón que no respondiera a la llamada a la guerra perdía su posición, aun siendo hijo del emperador (un cronista español formuló el principio así: «el que no supiere la guerra... ni se ayunte ni hable ni coma con los valientes hombres...»)³² Los as-

censos en el ejército (y, por tanto, en la sociedad), simbolizados por insignias especiales, dependían de un número específico de hombres capturados. Ser miembro de «los jaguares» o de «las águilas», órdenes caballerescas, era una distinción suprema otorgada a los valientes.

La indumentaria de dichas órdenes y, de hecho, todos los trajes de guerra, por más ridículos que les parecieran a los europeos, tenían como meta poner nervioso y asustar al enemigo. Los capitanes llevaban atado a la espalda un marco de bambú cubierto enteramente de plumas; unas cabezas de animales decoradas con plumas, que a veces se hacían con toda la piel del animal en cuestión, completaban la guerra psicológica de unos ejércitos cuyo primer objetivo era inspirar temor y, por tanto, conseguir la rendición sin conflicto. Las colosales esculturas mexicanas, como la de la gran Coatlicue, de las que no existían antecedentes en los imperios anteriores del valle, tenían el mismo propósito. Había habido tantos conflictos que la guerra, y no la agricultura, parecía ser la principal ocupación de los antiguos mexicanos: si no había guerra, los mexicanos consideraban que estaban ociosos, había dado a entender el emperador Moctezuma I,³³ pues, como insistían los poetas, «la guerra es como una flor».³⁴ A veces debió parecer exactamente eso.

Dado el compromiso de la población con la guerra, son verosímiles los cálculos de los historiadores de fines del siglo XVI en cuanto al tamaño de los ejércitos mexicanos. Se decía que Axayácatl, el temerario poeta-emperador que perdió una guerra contra los tarascos, iba acompañado de veinticuatro mil hombres. Se creía que Ahuítzotl, el sucesor de su sucesor, que trató de absorber el lejano Tehuantepec, contaba con un ejército de doscientos mil hombres de varias ciudades, y que, durante esta campaña, la población de Tenochtitlan no constaba más que de mujeres y niños.³⁵

Estas fuerzas, organizadas en legiones de ocho mil hombres, divididas a su vez en compañías de cien hombres y coordinadas por el *calpulli*, mantenían la paz y el dominio imperial, por medio de la amenaza constante y, a veces, del uso del terror. Sin duda eran exageradas las referencias a la decisión de «borrar todo rastro» de tal o cual lugar, referencias que se encuentran en los códices. Pero como después de una victoria se incendiaba el templo del enemigo (con lo cual se podían destruir los arsenales, generalmente sitios cerca de dicho templo), debió de existir cierta brutalidad. Los monarcas mexicanos se las arreglaban a menudo para convencer a su pueblo que se les había impuesto la guerra.³⁶ Hubo muchas pequeñas guerras, o pruebas de fuerza, pues el imperio era tan grande y el terreno tan accidentado que los ejércitos de Tenochtitlan estaban constantemente en movimiento y se dedicaban a reprimir rebeliones y a conquistar nuevas ciudades.

La era de continuas conquistas mexicanas empezó hacia 1430. Los instigadores fueron el primer emperador, Itzcóatl y Tlacaélel,

su extraño sobrino y general que era también *cihuacóatl*. Al parecer, antes de eso los mexicas no eran sino una más de las pequeñas tribus que exigía mucho de sus vecinos del valle. Sin embargo, como resultado de los esfuerzos de esos dos hombres, los mexicas se transformaron en un «pueblo elegido», cuya misión era dar a toda la humanidad el beneficio de su propia victoria.³⁷

Un pueblo especial requiere un entrenamiento especial. Este entrenamiento era posible porque casi todos los mexicas vivían en una ciudad y, por tanto, podían enviar a sus hijos a la escuela. La clase alta mandaba a sus hijos de internos a rigurosas academias, las *calmécac* («casas de lágrimas»), que se asemejaban mucho a las escuelas públicas de Inglaterra durante el reinado victoriano, pues cultivaban los buenos modales, pretendían acabar con la lealtad de los niños hacia su hogar y eran austeras (a los niños de siete años se los alentaba a no tener «afección a ninguna cosa de tu casa. Y no pienses, hijo, dentro de ti: “vive mi madre y mi padre...” No te acuerdes de ninguna de estas cosas...»)³⁸ Prestaban atención al «carácter», o sea, a la preparación de «un rostro y un corazón auténticos»; pero daban también clases de derecho, política, historia, pintura y música.

Los hijos de los trabajadores recibían una educación «vocacional» en las más relajadas *telpochcaltin*, «casas juveniles», que existían en cada distrito. Los maestros eran profesionales, mas los sacerdotes desempeñaban también un papel. Estos niños podían ir a su casa con frecuencia; no obstante, al igual que los que residían en las *calmécac*, recibían clases de moralidad e historia natural por medio de homilias que solían aprender de memoria, algunas de las cuales han sobrevivido. «Casi todos —escribió un buen observador en los años sesenta del siglo XVI—, casi todos los muchachos saben los nombres de todas las aves, de todos los animales, de todos los árboles y de todas las yerbas, y conocen mil géneros de ellas y para qué son buenas...»³⁹ Se les inculcaba una sólida ética del trabajo y se les decía que debían ser honrados, diligentes e ingeniosos. Sin embargo, lo más importante era preparar a los niños para el combate, sobre todo la lucha cuerpo a cuerpo con un enemigo de igual fuerza.

En ambas instituciones educativas los niños o sus padres proporcionaban la comida, pero a los maestros se la proporcionaba lo que sería permisible llamar el Estado.⁴⁰ A las niñas se las educaba, en escuelas aparte, para ser amas de casa y madres.

El compromiso castrense de los varones lo señalaba una costumbre según la cual, a los diez años, se les cortaba el cabello, dejándoles un único mechón en la nuca. No se les permitía cortar este mechón hasta que, a los dieciocho años, capturaran un prisionero de guerra. Entonces podían dejarse crecer el cabello y, durante los primeros años de su madurez, competir para capturar más prisioneros, a fin de conseguir otras ventajas.⁴¹

El que pareciera haber tensiones entre la religión y el gobierno civil era otra prueba de la serenidad existente en Tenochtitlan. De hecho, la idea habría sido incomprensible para los mexicas. El monarca tenía obligaciones religiosas supremas. Su responsabilidad, al igual que su palacio, era distinta de la del sacerdocio. Tenía obligaciones civiles. Sus jueces y los «funcionarios» de éstos administraban el derecho civil. No obstante tenía un mandato que, según consideraba, le venía de los dioses. Y, para preservar la sociedad, en vez de imponer su mandato, explotaba el sentido de obligación natural de su pueblo, ya que todos los ciudadanos aceptaban que estaban en la tierra para servir a los dioses.

A principios del siglo XVI ningún mexicano ponía en duda el mito central del pueblo, la leyenda de los soles. Según dicha leyenda, el tiempo en la tierra se dividía en cinco épocas. Las cuatro primeras habían sido destruidas; la primera, conocida como «4-tigre», por animales salvajes; la segunda, «4-viento», por el viento; la tercera, «4-lluvia», por el fuego; y la cuarta, «4-agua», por inundaciones. La última, la quinta, «4-movimiento», la de los mexicas, culminaría con una catástrofe debida a terribles terremotos. Llegarían a la tierra monstruos del crepúsculo y los seres humanos se convertirían en animales, posiblemente pavos (guajolotes).⁴²

A fin de aplazar o evitar ese triste día, el dios Huitzilopochtli (cuyo nombre significaba «colibrí de la izquierda» o «del sur»), que encarnaba al sol (así como la guerra y la caza del enemigo), hijo concebido virginalmente por la anciana diosa Coatlicue (literalmente, «su falda es de serpientes»), debía, cada mañana, hacer huir a la luna (su hermana Coyolxauhqui, cuyo nombre significaba «la que tiene pintura facial de cascabeles») y las estrellas (sus hermanos, los centzonuitnaua, o «los cuatrocientos sureños»). Esa lucha simbolizaba un nuevo día. Se suponía que los espíritus de los guerreros muertos en batalla o en la piedra de sacrificios llevarían a Huitzilopochtli al centro del cielo. Entonces, por la tarde, los fantasmas de las mujeres muertas de sobrepardo lo abatirían, hacia el ocaso, cerca de la tierra.

Para que Huitzilopochtli pudiera llevar a cabo esta tarea incesante, había que alimentarlo, por convenio extraordinario, de sangre humana («el agua más preciada»).

Es posible que Huitzilopochtli existiera realmente en otros tiempos, que fuese un jefe deificado tras su muerte.⁴³ Quizá ni se le conociera hasta que los mexicas, después de una peregrinación, llegaran al valle. En esos primeros tiempos eran mucho más importantes otras divinidades, como la diosa de la tierra, Coatlicue (madre de Huitzilopochtli), o el dios de la lluvia, Tlaloc. Pero el papel de Huitzilopochtli había crecido con el imperio. Cada vez más se le

representaba en fiestas en las que antaño no figuraba. Diríase que era el dios central.⁴⁴

Para el pueblo, el Templo Mayor, en el centro geométrico de Tenochtitlan, simbolizaba la sede de los dioses. Sin embargo, cada oficio poseía su propia divinidad. Los oficios importantes disponían de santuarios en cada uno de los cuadrantes de la ciudad. A cada alimento común, y sobre todo al maíz, se le asignaba su divinidad o era representado como una deidad. Los mexicas no sólo veneraban las herramientas agrícolas, sino que les daban comida, incienso y *octli*, la savia del cacto fermentada (conocida hoy día como *pulque*), en señal de agradecimiento.

Los sacerdotes eran ascetas célibes y ocupaban una posición social elevada. Al mando de todos ellos había dos sumos sacerdotes: uno al servicio de Huitzilopochtli y el otro, al de Tlaloc, dios de la lluvia, todavía muy importante. El emperador nombraba a ambos sumos sacerdotes.

Los sacerdotes tenían muchas responsabilidades. Actuaban como vigilantes: por la noche patrullaban los cerros alrededor de la ciudad y contemplaban el cielo en espera de la reaparición periódica de los planetas. Anunciaban las horas e inauguraban las batallas con trompetas hechas de concha de carey. Custodiaban los templos y conservaban las leyendas del pueblo. Con el cuerpo teñido de negro, el cabello largo y las orejas desgarradas debido a las ofrendas de sangre, eran inmensamente influyentes.⁴⁵

El emperador, por su lado, era considerado como un ser semi-divino e incluso los sacerdotes lo respetaban. Tanto Moctezuma II, emperador en 1518, como su predecesor Ahuítzotl, fueron sumos sacerdotes antes de convertirse en monarcas. México no era una teocracia. La persona del emperador no era objeto de culto. No obstante, la religión lo dominaba todo. La casa de adobe y paja del mexicano medio rara vez contenía más que una estera para dormir y un hogar. Pero siempre había en ella un altar, con una figurilla de barro, normalmente de la diosa de la tierra Coatlicue.

Los sacerdotes servían a unas doscientas divinidades principales y a unas mil seiscientas en total. En todos sitios, en cruces de caminos, frente a fuentes, a grandes árboles, sobre las cimas de los cerros, en oratorios, se veían figuras que las representaban; estaban hechas de piedra, de madera, de barro o de semillas; algunas eran grandes, otras pequeñas. Las principales divinidades, como el omnipresente Huitzilopochtli, el caprichoso Tezcatlipoca, el dios de la lluvia Tlaloc y Quetzalcóatl, generalmente muy humano, eran los verdaderos gobernantes de los mexicas.⁴⁶

Al investigador moderno tal vez le parezca que el papel de ciertos dioses era ambiguo. Por ejemplo, según un relato, a cuatro divinidades distintas se les atribuía la creación del sol, del fuego, del agua y de las regiones más allá del cielo. Otro sugiere que Ometeotl, dios-diosa, madre-padre, divinidad a la vez de lo positivo y

de lo negativo, era el responsable de esta creación. Al parecer, los dioses de México eran el sol, la lluvia, el viento y la fertilidad y no sólo los que habían inspirado estos elementos y estas características. Las diferentes interpretaciones de estas complejidades dividen a los estudiosos y eso se debe en parte a que el mundo religioso mexicano sufría cambios constantes: los antiguos dioses de los mexicas, cuando éstos eran nómadas, se superponían todavía a las divinidades ya establecidas en el valle.⁴⁷

Si bien a nosotros nos puede parecer contradictoria, en esos tiempos la religión mexicana no inspiraba ninguna controversia.

Pero un reciente rey de Texcoco, el poeta Nezahualcóyotl, que reinó largo tiempo, y un grupo de cortesanos cultos se sintieron atraídos por la idea potencialmente explosiva de un solo «Dios Desconocido», *Ipalnemoani*, un dios al que nadie había visto y que no figuraba en ninguna imagen. En uno de sus numerosos y conmovedores poemas, Nezahualcóyotl escribió:

*Mi casa dorada de pinturas,
¡también es tu casa, único dios!*⁴⁸

La elocuente devoción de este poeta-rey al dios Tezcatlipoca, «espejo humeante», podría verse como la prefiguración de una inspiración monoteísta. «Oh, Señor, Señor de la noche, Señor de lo cercano, de las tinieblas y del viento», solían rezar los mexicanos, cual si en momentos de perplejidad precisaran de un único receptor de sus súplicas. Aun cuando los poemas de Nezahualcóyotl se descarten (y esto ocurre a veces) como hábiles filigranas de sus descendientes, los mexicas aceptaban obviamente la existencia de una gran fuerza sobrenatural, de la cual todos los demás dioses eran una expresión, y que ayudaba a incrementar la dignidad de hombre: un poema divino se refería precisamente a tal divinidad.⁴⁹ Esta fuerza era la combinación del señor de la dualidad, Ometecutli, y de su dama, Ometecihuatl, ambos antepasados de todos los dioses y que, si bien casi se habían jubilado, seguían decidiendo la fecha en que nacía todo ser. Se creía que habitaban en la cima del mundo, en el decimotercer cielo, donde el aire era muy frío, delicado y helado.⁵⁰

En el pasado remoto, en la cercana ciudad perdida que los mexicanos llamaban Teotihuacan, «lugar donde hacían señores», quizá hubiese habido también un culto a la inmortalidad del alma. «Y que no se morían, sino que despertaban de un sueño en que habían vivido, por lo cual decían los antiguos que cuando morían los hombres no perecían, sino que de nuevo comenzaban a vivir, casi despertando de un sueño, y se volvían en espíritus o dioses...»⁵¹

Sin embargo, el «dador de la vida» de Nezahualcóyotl no era objeto de un culto importante. El hermoso y vacío templo construido en su honor en Texcoco no se copió. Y Nezahualcóyotl no abandonó su fe en los dioses tradicionales. No parece haber existido ninguna contradicción entre la importancia que atribuía Neza-

hualcáyotl al ser divino dador de la vida y el panteón tradicional.⁵²

Había también, en México, una profesión semisagrada distinta al sacerdocio, compuesta de hombres dedicados a los ritos privados, como adivinar, curar por medio de milagros e interpretar los sueños. Eran tan ascetas y tan dedicados como los sacerdotes. Pero podían alcanzar un estado de ánimo inalcanzable para las personas corrientes, un éxtasis que les permitía encontrar respuesta a todos los problemas; este éxtasis lo conseguían a menudo al beber pulque, fumar tabaco o ingerir ciertas setas (a veces con miel, con lo que las convertían en «la carne de los dioses»), semillas de una flor llamada maravilla, estramonio o las hojas de un cacto llamado peyote. De estas plantas, las setas eran las más importantes para los mexicas, y se encontraban mayormente en los pinares de las laderas de las montañas que circundaban el valle, aunque otras formaban parte de los tributos llevados a México. Los hombres creían que, al comerlas, viajaban al mundo subterráneo, al cielo, al pasado y al futuro. (Los sacerdotes convencionales, al hablar con los dioses, se frotaban también una pomada compuesta de una mezcla de estas plantas sagradas.) Es posible que los mexicas ya hicieran uso, en su etapa nómada, de estos alucinógenos. No cabe duda de que eran un manjar deleitoso para sus primos lejanos, los chichimecas supervivientes.⁵³

No se han de confundir los sacerdotes ni los adivinos con los hechiceros y los nigrománticos. Los trucos de estos dos últimos incluían el arte de aparentar que se transformaban en animales o que desaparecían. Conocían toda suerte de palabras mágicas y actos que podían hechizar a las mujeres para que entregaran su afecto a quien ellos quisieran.

Finalmente, en el sistema panteísta mexicano figuraba el sol. Al igual que la mayoría de las sociedades de esa época, incluyendo casi todas las del viejo mundo, los cuerpos celestes dominaban la vida. Los antiguos mexicanos no fueron el único pueblo que seguía meticulosamente el movimiento del sol, apuntaba sus observaciones, predecía eclipses, planificaba la construcción de sus edificios para poder observarlo mejor o para contar con ángulos astronómicos satisfactorios. De hecho, la persistencia y los conocimientos de los mayas del Yucatán, en su auge, o sea en el siglo VI, eran incluso más asombrosos. A diferencia de los mexicas, tenían una «cuenta larga» de los años, disponían de un sistema matemático más complejo. Sin contar que los jeroglíficos mexicanos eran más pictóricos y menos abstractos que los mayas. No obstante, los sacerdotes mexicanos que interpretaban los calendarios y, con dos palos con muescas, el cielo, eran matemáticos hábiles e imaginativos. Casi todas las ciudades de las dimensiones de Tenochtitlan olvidaban los cuerpos celestes. La capital de los mexicas, gracias al emplazamiento de sus edificios sagrados y a través de sus dioses, les otorgaban gran relevancia. Eso parecía garantizar «el concierto y el orden».